

En la mañana del siguiente día fueron varios los periódicos que hablaron, en términos más ó menos velados, del macabro incidente ocurrido la víspera en el hotel de Kerbiroët durante la fiesta que en el mismo se celebraba. Sin embargo, como Domingo Bugle, periodista bien informado, anunció en su periódico « El Alba » que la baronesa Lampessadas había perdido súbitamente la razón y que el marqués Trogoff no existía ya, el público, comentando estas dos sensacionales noticias olvidó lo del incidente, ó lo creyó equivocación de algún reportero mal enterado, y se abstuvo de dar crédito á la absurda especie de que unos empleados hubiesen paseado un féretro por una sala de baile.

El cuerpo del marqués difunto fué velado durante todo el día por la vizcondesa de Aubinesco, su sobrina Yvona y las dos huérfanas.

Jorge de Mercœur recibió por su parte el encargo, poco agradable, de acompañar á un nosocomio, el de Santa Ana, á la baronesa Lampessadas, pues la pobre señora había perdido en efecto la razón á consecuencia de las terribles emociones por las que pasara la noche antes.

Cuanto á Ali-Akmet, también estuvo bien ocupado,

pues con ayuda de Kenec hubo de pasar no poco tiempo arreglando la berlina de viaje para dejarla en condiciones de efectuar el transporte á que estaba destinada.

Al anochecer llegaron los empleados de la compañía de pompas fúnebres para proceder á la colocación en el ataúd del cuerpo del marqués.

Cumplieron con su cometido, sin que ninguno de ellos reparara en los agujeros practicados en la doble caja; y es que hubo cuidado de disimularlos, ocultándolos á la vista entre los pliegues de la tela que acolchaba el ataúd más grande.

Y cuando aquellos hombres se retiraron después de desempeñada su poco grata tarea, Ali-Akmet se apresuró á encerrarse en la habitación del difunto marqués, pero no solo, sino acompañado de Jorge de Mercœur, de Jaffary, de Kenec y de Malatierra.

¿Qué hicieron allí aquellos hombres? ¿A qué misterioso trabajo se entregaron? Nadie lo supo nunca.

Pero es lo cierto que una hora más tarde, cuando se abrió la puerta de la cámara, el cadáver del marqués, que los empleados de la compañía de pompas fúnebres dejaron depositado en el doble féretro, que fué después cerrado y atornillado por ellos, según es uso y costumbre, descansaba de nuevo sobre la cama, vestido con traje de frac.

Fuera el que fuese su trabajo, los cuatro hombres habían podido hacerlo con entera libertad, sin miedo á indiscretas miradas, seguros de que ningún curioso podía estorbar sus movimientos. El hotel estaba casi abandonado en efecto. La servidumbre acababa de marchar á Bretaña con encargo especialísimo de preparar un poco, poniéndolo en condiciones de ser habitado, el antiguo castillo de Kerbiroët.

Las damas habíanse retirado á descansar. Los cuatro hombres que poco antes se dedicaran á la misteriosa tarea de que acabamos de hablar, decidieron velar el cuerpo del difunto, estableciendo para ello un turno, á fin de evitar cariñosas pero inaceptables competencias.

Hemos dicho que las mujeres descansaban, y en honor á la verdad conviene consignar que una de ellas, la

mulata Flavia, habíase resistido á comer y á dormir un rato, deseosa como se hallaba de no apartarse un solo instante del cadáver de su padre.

Serían próximamente las tres de la madrugada cuando penetró en la habitación del marqués, y tocando suavemente al doctor en un hombro, le dijo con voz grave.

— Empieza á amanecer, doctor; creo que ha llegado el momento. Porque supongo que usted desea que todo esté terminado cuando empiecen á llegar los amigos y conocidos para dar el pésame á las señoritas.

— Sí, en efecto... — dijo Ali-Akmet abandonando la butaca en la que habíase entregado á sabe Dios cuántas y cuán diversas ideas. — Vamos á prepararlo todo, todo; la berlina debería estar ya fuera de París.

Disponíase á salir cuando Flavia le detuvo, diciendo:

— Una palabra, señor doctor.

— Hable usted.

— El *carnicero de mujeres* tiene dos hermanos.

— Lo sé.

— ¿Es que no piensa usted castigarlos como á él?

— ¿Para qué? Se trata de dos seres completamente inútiles y nulos: tan incapaces de hacer bien como de causar daño, abandonados á sí mismos, por supuesto. Cuando les falte su hermano, que ha sido para ellos el ángel malo, y al que han ayudado por ignorar seguramente lo que hacía ese bandido, tengo la seguridad de que no se moverán, de que no se les ocurrirá hacer ningún acto reprehensible... Además, dejar tranquilos á esos dos hombres es una medida de prudencia, créame usted. Bastante nos dará que hacer la desaparición del conde. No conviene complicar una situación, no poco comprometida ya en este momento.

— Tal vez tenga usted razón, por lo cual no insisto. Pero ahora hemos de pensar en otra cosa. ¿Cuándo y cómo piensa usted enterrar á mi padre?

Ali golpeó su frente con la palma de la mano.

Había olvidado por completo el asesinato de Ben.

Al recordárselo la mulata hubo de caer en la cuenta de que aquel otro muerto era una complicación más.

No se atrevió á decirle nada á la muchacha, pero dicha complicación inquietábale en gran manera.

— ¡Su padre de usted! — dijo por decir algo. — ¡Demonio, demonio! Es que no hemos declarado su fallecimiento...

— No.

— Y en esas condiciones, la verdad, no sé cómo...

Los ojos de la mulata relampaguearon con brillo siniestro.

— Ya comprendo; — exclamó. — Lo que usted quiere decir es que no sabe cómo deshacerse de ese muerto importuno, ¿verdad?

— ¡Yo no he dicho semejante cosa!

— Es igual, porque la piensa usted. Pero no crea usted que voy á reprochárselo, no. Me hago cargo de la situación, y comprendo que yo, en lugar de usted, haría ó pensaría lo mismo. La situación es poco lisonjera, convengo en ello. Pero hay un medio para salir del apuro, y si usted me lo permite, señor doctor, voy á decirselo.

— Diga usted, que si realmente es práctico...

— ¡Ya lo creo que lo es! Para que nadie se entere de que mi padre ha muerto asesinado en este hotel, lo mejor es enterrarle con el *carnicero de mujeres*.

— No comprendo.

— Pues más claro: meter á los dos en el mismo ataúd.

— ¡Horror! Un vivo con un muerto!

— El asesino y su víctima. De ese modo el castigo será aún más eficaz.

— Ali-Akmet, lleno de espanto, movía la cabeza haciendo signos de denegación.

— Oiga usted, Flavia; — dijo tratando de disuadir á la mulata. Aquí donde usted me ve estoy decidido á ejecutar la última voluntad de mi antiguo y respetado amigo el marqués, porque se lo juré, y aun se lo hice jurar á los demás; pero crea usted que me arrepiento de haberme prestado á ejercer así de verdugo. El suplicio que va á sufrir ese miserable es ya demasiado horrible para que aumentemos su horror así, tranquilamente... No, Flavia, eso que usted pide es imposible.

— Pues no hablemos más de ello; — dijo con cierto sarcasmo la mulata. — Sin embargo, como yo no puedo tolerar que se entierre á mi padre en el parque, con los dos lebreles rusos *Barca* y *Luna*, voy á dar los pasos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

necesarios para que un médico forense venga á verificar la defunción.

— ¿Qué dice usted? No, de ningún modo. Usted no hará eso.

— ¿Por qué no?

— Porque se descubriría que ha muerto asesinado y no tendríamos más remedio que poner al asesino en manos de la justicia.

— ¿Y qué me importa á mí de todo eso?

En el ánimo del doctor se libraba una lucha espantosa. Flavia lo comprendió.

— Oiga usted, señor doctor; — dijo remachando el clavo. — Si el *carnicero de mujeres* ó Enrique, como lo llama usted ahora, ha caído entre sus manos, me lo debe usted á mí. Y si la señorita Amy no está á estas horas en el cementerio, es porque yo supe evitarlo. Quiere esto decir que me parece que tengo derecho indiscutible á asegurar mi venganza personal, y á asegurarla tal y como yo la entiendo, puesto que mi padre ha caído en el momento en que servía una causa, noble y justa sin duda, pero que á él le era indiferente y de la cual no esperaba obtener beneficio alguno. Usted hará lo que quiera, y decidirá lo que le parezca más conveniente. Pero yo, por mi parte, debo pronunciar mi última palabra, que es esta: ó mi padre será enterrado por ministerio de justicia ó compartirá el ataúd del que le ha asesinado.

Alí inclinó la cabeza. El ultimátum de la mulata parecía anonadarle.

— Una palabra aún; — dijo ésta. — El espectáculo á que deben asistir los ejecutores de la sentencia del marqués, y los testigos que presencién esa ejecución, si es que los hay, va á resultar sencillamente horrible. Yo tengo un medio de atenuar ese horror, de hacer el espectáculo menos espantoso.

Así diciendo, Flavia tomaba de uno de sus dedos una gruesa sortija, adorno de evidente mal gusto, presentándosela enseguida al doctor. Este se animó algo creyendo que tal vez, á favor de aquella diversión, se olvidaría la mulata de su tremenda idea.

— Bajo la piedra gastada en esta sortija — dijo

ella, — se oculta un poderoso narcótico indio, que ejerce impresión inmediata en el olfato, y los efectos del cual duran más ó menos tiempo según el número de segundos que ha sido respirado. Además, el que respira ese narcótico queda con todas las apariencias de la muerte durante el tiempo que duran los efectos del mismo.

— Explíquese usted mejor, porque, la verdad, aun no sé lo que quiere proponerme.

— Pues es muy sencillo. Vamos á subir ahora mismo al cuarto en que se halla encerrado el *carnicero de mujeres*. Una vez allí yo me acercaré á él, le pasaré la mano por debajo de la nariz, y ya verá usted el efecto. Cinco minutos después podrá usted meterlo en el ataúd en compañía de su última víctima, esto es, de mi padre, y esto sin necesidad de luchas, ni de violencias de ninguna clase, sino aprovechándose de su sueño, que durará precisamente hasta el momento en que se verifique la ceremonia de la inhumación. ¿Qué le parece á usted?

— ¡Vamos allá! — dijo Alí, vencido.

Y añadió entre dientes.

— ¡Ah! ¡Qué no daría yo por verme frente á frente de la navaja! Jugarse la vida, aun teniendo como enemigo á traidor desleal, es algo más noble que ejercer de verdugo. Dí mi palabra sin embargo, y como mi excelente y noble amigo no puede ya devolvérmela, no tengo más remedio que cumplirla.

Los dos salieron de la estancia.

Media hora más tarde, la berlina de viaje del marqués, con tiro soberbio de fogosos caballos, rodaba á gran velocidad por el camino de Versalles.

Dentro del carruaje, y ocupando el testero del mismo, hallábanse sentados tres hombres.

Ocupaba el lado de la portezuela derecha el antiguo marino Malatierra, y el de la izquierda otro antiguo conocido nuestro, Kenec el manco. Entre ambos sostenían á otra persona que parecía dormir.

Este tercer personaje no era otro que el propio marqués Trogoff de Kerbiroët, cuyo cuerpo rígido no presentaba ninguno de esos caracteres que hacen repulsivo el aspecto de un cadáver. Antes al contrario; hubiérase

dicho al verle que aquel hombre dormitaba, y que en sus ojos entreabiertos advertíase una sonrisa de satisfacción, causada sin duda por el modo cómo se habían cumplido sus postreras voluntades.

Jaffary vestido de cochero y encaramado en el pescante guiaba el soberbio tronco con desenvoltura, sin vacilaciones, como si en su vida hubiese hecho otra cosa. En tres días, y luego de haber cambiado el tiro seis veces en el camino, debía llegar el fúnebre convoy al histórico castillo de Kerbiroët, en Bretaña.

Grande fué la sorpresa de los empleados de la Compañía de pompas fúnebres cuando como á cosa de las once de la mañana hubieron de levantar el ataúd del marqués para llevarlo hasta el carro fúnebre que esperaba á la puerta del hotel.

Recordaban aquellos hombres haber colocado el cuerpo en la caja, antes de atornillar ésta, y hubo de parecerles entonces que el difunto, debido sin duda á su delgadez, pesaba muy poco. En cambio, ¡qué peso tan enorme el que sostenían en aquel momento sobre sus hombros! Era cosa de creer que el fabricante de ataúdes no había economizado el plomo al modelar el que servía de blindaje á la soberbia caja de roble.

Fué aquel un entierro solemne. Ya desde las primeras horas de la mañana gran número de amigos y conocidos de la casa habían acudido presurosos á inscribirse en los registros depositados bajo la bóveda de la entrada principal. Cuantos suspirantes contaban las dos hermanas, ó mejor dicho, sus dotes respectivas, y Dios sabe que no eran pocas, habíanse dado cita para hacer acto de presencia en aquella ceremonia á la que no podían faltar las dos huérfanas. En una palabra, el acompañamiento que se preparaba á escoltar el convoy fúnebre componíase de lo mejorcito de París, con nutridas representaciones de todas las clases sociales, pues en todas ellas contaba el marqués difunto amigos, admiradores, ó sencillamente personas que le estaban agradecidas y deseaban dar de su agradecimiento público testimonio.

Llegó por fin el momento de ponerse en marcha la comitiva con dirección á la Iglesia.

Dos personas presidían el duelo : Alí-Akmet y Jorge de Mercœur.

Alguien hubo de observar que ni en la fisonomía del uno ni en la del otro se reflejaba un dolor muy intenso. Pero como se sabía que el difunto dejaba cuantiosa herencia, buena parte de la cual correspondía por legado á aquellos dos hombres, á nadie extrañó la casi total ausencia de visibles muestras de aflicción, pues por algo se ha dicho aquello de que los duelos con pan son menos.

Entre cuantos formaban en la comitiva, Flavia la mulata era sin duda la persona más profunda, más sinceramente afligida. Pero nadie reparaba en ella. La pobre marchaba sola, inmediatamente detrás de los caballeros y precediendo á un carruaje enlutado que ocupaban las dos huérfanas hermanas, en compañía de la vizcondesa de Aubinesco y de la dulce Yvona, sobrina de esta última.

Ninguna de las mujeres, excepción hecha de Flavia, sabía que en el ataúd que rodaba delante conteníanse dos cuerpos en vez de uno. Por una atención muy comprensible habíase procurado evitar á las señoras que tomaron parte en el consejo privado, el penoso espectáculo de colocar en el féretro el cuerpo vivo del condenado á muerte, y ninguna de ellas llevó su curiosidad hasta el punto de preguntar si había sido grande la resistencia de Enrique, ni tampoco cómo habíase logrado encerrar al terrible asesino en su no menos terrible prisión de plomo.

En realidad no se produjo lucha alguna, consiguiéndose en cambio evitar toda resistencia. Gracias al energético narcótico contenido en la sortija de Flavia, quien se hizo pagar bien caro su importante colaboración, resultó cosa fácil y sencilla lo que sin él hubiera sido empresa magna y peligrosa, y Enrique, dormido como por arte mágico, cayó indefenso entre los brazos de sus ejecutores, en el momento mismo en que comenzaba á extrañarse de no ver acudir á sus dos hermanos en socorro suyo.

Una vez privado de conocimiento, el asesino fué puesto en el doble féretro agujereado en la parte correspon-

diente á los pies, tal y como lo ordenara el difunto Trogoff de Kerbiroët en la sentencia que hubo de dejar escrita. Momentos después caía sobre el suyo el cuerpo de Ben, y el sarcófago de plomo fué soldado minuciosamente y atornillado enseguida el exterior, de roble, como queda dicho.

Eran poco más de las tres de la madrugada cuando tuvo lugar la terrible ceremonia de la claustración de un ser vivo en doble y estrecha cárcel de plomo y roble. Según los cálculos de Flavia, los efectos del anestésico suministrado á Enrique debían cesar hacia el medio día, es decir, precisamente á la hora en que el clero entonaría en la Iglesia las plegarias que marca la liturgia.

Preciso es confesar que las previsiones de la mulata se realizaron con exactitud matemática.

Hubo un momento en que Enrique, vuelto en su acuerdo, disipado el profundo letargo que paralizara durante largas horas las funciones de su cerebro y de sus miembros todos, permaneció sin darse cuenta de lo que por él pasaba. Rodeábale la obscuridad más profunda: un peso enorme, aplastante, oprimía su pecho; el aire llegaba á sus pulmones con dificultad extraordinaria, y cuando ansioso de vencerla procuraba hacer grandes inspiraciones, cierto olor nauseabundo y molesto, ocasionábale invencible repugnancia.

— ¿Dónde estoy? — se preguntó, procurando hacer un movimiento para librarse de la presión formidable que aplastaba sus pulmones.

Y una angustia horrorosa lo acongojó al punto, mientras sentía erizarse sus cabellos.

En su cerebro desentumecido abrióse de pronto paso la visión de los detalles todos de la sesión memorable del tribunal de Linch que lo condenara la víspera á ser enterrado vivo.

Su espanto en el primer momento fué tan grande, que no encontró el desdichado las energías necesarias para lanzar un grito.

Obstinábase en dudar aún, contra toda evidencia. Esperaba algo, un milagro, una circunstancia fortuita cualquiera, porque la realidad, aquella realidad tangible,

evidente y contra la cual se rebelaba aún sin embargo, pareciale demasiado horrible. No era posible que seres humanos le hubiesen condenado á suplicio tan inaudito. Habían querido asustarlo, hacerle expiar, con algunos minutos de tremenda desesperación, de angustia infinita, unos cuantos años de crímenes y delitos. ¿Qué habían hecho con él sus verdugos? Lo ignoraba en absoluto. No conservaba el menor recuerdo de haber sido encerrado en un ataúd. Además, aquel peso plúmbeo y mal oliente que le oprimía no semejaba en nada á la idea que él habíase hecho de lo que podía ser la tapa de un féretro. Su cerebro se negaba pues obstinadamente á creer en la atroz realidad. Pero como se ahogaba, como el tiempo transcurría sin que nadie llegase no ya á libertarle, pero ni aun á decirle dónde se encontraba, creyó llegado el momento de procurarse por sí mismo una certidumbre, á ser posible, acerca de la suerte que le estaba destinada.

Con esfuerzo inaudito debido, en gran parte á su extraordinaria excitación nerviosa, consiguió ¡al fin! doblar uno de sus brazos, y con ansia loca, con afán calenturiento rayano en el delirio tocó, palpó aquello que le aplastaba con su peso igual, continuo, insoporable.

Una crispación espantosa retorció en aquel supremo instante todos los músculos de su cara, y un grito que nada tenía de humano, grito de indecible horror y de desesperación frenética, se escapó de entre sus labios:

— ¡Un cadáver! ¡Me han enterrado con un cadáver!

Ya la duda no era posible para él. Habíanse desvanecido en un instante, al contacto de aquel cuerpo anónimo, todas las locas esperanzas de un minuto. ¿Cómo no rendirse á la evidencia, cómo no creer en la realidad! Esta no podía ser más enloquecedora. Hallábase encerrado, vivo, en compañía de un muerto cuyo olor pestilencial iba aumentar hasta lo infinito las indecibles torturas de la atroz agonía que le estaba reservada.

Alocado por el espantoso horror de semejante fin de existencia, por la obsesión aterradora de una agonía sin nombre, dióse á moverse, con energía sobrehumana, cuanto le era posible hacerlo en su estrecha cárcel de

plomó. Con dedos crispados, convulsos, desgarró su propia carne y luego la carne helada de aquel cuerpo maldito que se obstinaba en interceptarle la puerta por la cual aun se le antojaba posible salir en demanda del mundo de los vivos.

Y llamó á éstos en su auxilio. Los llamó con gritos de desesperación, con aullidos de tal modo estridentes que tal vez hubieran sido oídos desde fuera á no quedar implacablemente ahogados por la tela acolchada que recubría interiormente el doble ataúd.

¡ Bien había conuinado el marqués el instrumento destinado al vengador suplicio !

No era en verdad posible idear castigo más horrendo, más angustioso, más lentamente mortal que el que se infligía al brillante conde de Corpo-Santo, al que en tiempos no lejanos fuera en la India capitán de la temida asociación de los Cristal-Daggers.

La garganta del miserable secábase por momentos. Tuvo que espaciar sus gritos porque ya la respiración se le iba haciendo cada vez más difícil. Y sucedió que en el intervalo entre uno y otro aullido llegó hasta él un rumor cuya naturaleza no le fué posible discernir al pronto. ¿ Le habrían oído ? ¿ Acercaríase al fin la libertad por juzgar sus verdugos suficiente expiación lo por él sufrido desde el momento en que se despertara su cerebro ?

Toda su alma, cuanto aun le quedaba de vida, concentróse en uno solo de sus sentidos. Escuchó con ansia, y pudo darse cuenta de que aquel rumor que hasta él llegaba vago y confuso, producíanlo las notas del órgano armonizándose con voces iracundas que salmodiaban con tono colérico las tremendas estrofas del *Dies iræ*.

Fué entonces cuando el desdichado comprendió al fin la inutilidad de todos sus esfuerzos.

Estaba irremisiblemente condenado á morir en aquel espantable ataúd y á verse cubierto en vida por la pestilencial podredumbre de la carroña que lo tenía allí clavado, inutilizado, inmóvil.

Y he aquí que aquel hombre que no tuvo en el curso de su existencia ni un movimiento de piedad para sus víctimas, hubo de apiadarse de sí mismo ; la ola del

remordimiento invadió su alma y lloró ; lloró de dolor y de rabia, mezclándose en sus lágrimas el arrepentimiento por el mal causado á otros y la indignación que le producía el espectáculo de su impotencia para librarse de la horrenda muerte que le esperaba.

A poder hacerlo, habría él mismo puesto fin á sus sufrimientos apresurando su agonía. Pero ni aun eso le era permitido.

Y como estaba sin duda decretado por algún poder invisible que él, que tanto hiciera sufrir en el mundo, debía soportar á su vez todos los dolores antes de afrontar el tránsito definitivo, sucedió que en su lucha titánica contra la caja soldada, contra el cadáver que le acompañaba, y aun contra sí mismo, hubo de desgarrar con sus propias uñas la profunda cicatriz que dejara en su frente la mordedura de su primera víctima agonizante.

Y he aquí que aquella herida le quemaba, como le quemara en otros tiempos, y que le parecía, como ya le pareciera muchos años antes, á bordo del barco de Mala-tierra, que un gusano imperceptible pero implacable, roía, roía el hueso de la frente, y se instalaba á su gusto en el cerebro para alojarle con su presencia ininterrumpida, con su continuo y lento mover rampante.

Loco estaba ya realmente el desdichado. Acometióle de pronto furor indescriptible, y un acceso de furiosa enajenación blasfemó de modo horrible, y sus dientes se hundieron luego una y cien y mil veces en la carne helada y pestilente de su compañero de ataúd.

Fué aquel su postrer esfuerzo. Había llgado al límite de sus energías. La asfixia, la terrible asfixia agarrataba ya su garganta. Todo nuevo esfuerzo para gritar hubiera sido inútil.

¿ Y para qué gritar ? ¿ No se sentía traqueteado, sin duda por los baches del camino del cementerio ?

Abandonóse pues á su suerte irremediable, y su alma, envuelta en una postrer blasfemia, abandonó al fin aquel cuerpo en el momento mismo en que sobre el ataúd que lo contenía se cerraba la piedra muda y fría del panteón señorial en el que le hicieron el honor de enterrarle con toda pompa y magnificencia.

Ante ese panteón, desfilaron después, saludando con

respeto, los infinitos amigos que tuvieron empeño en dar á la familia prueba palmaria de su amistad y consideración, acompañando el cadáver hasta su última morada.

Todos aquellos señores que silenciosos y tristes, descubiertos y en actitud respetuosa, iban sucesivamente arrojando flores sobre la tumba que acababa de cerrarse, hubieran tal vez mostrádose indignados, de saber que rendían los supremos honores al cadáver de un asesino. Pero las personas conocedoras del tremendo secreto eran contadísimas, y tenían interés en callarlo.

Terminada la fúnebre ceremonia, y en el mismo cementerio, despidióse Flavia la mulata de las dos huérfanas y de las demás personas con quienes la pusiera en relaciones el deseo de cumplir su juramento de venganza.

Aquel mismo día, por la tarde, salió de París para Calais, con objeto de tomar allí el vapor que debía conducirla á las costas inglesas. Nada tenía ya que hacer en Francia, una vez vengados su padre y sus amigas. En cambio quedábale por cumplir una misión en Londres. La de reformar el Paupers-Club, reuniendo de nuevo á sus miembros dispersos.

XII

EN KERBIROËT

Ha pasado un año desde los terribles acontecimientos que acabamos de narrar.

Repican alegremente las campanas de la iglesia de Kerbiroët, pequeña, limpia, modesta, casi pobre, como deberían ser todos los templos dedicados al culto de un Dios cuyo reino, según El mismo, no es de este mundo.

Y si las campanas suenan con voces de alegría es porque anuncian al pueblo un acontecimiento extraordinario: la celebración de un triple matrimonio.

Se han reunido los lugareños en la casa del Señor, ávidos de presenciar la triple ceremonia, porque es acto que muy probablemente no tendrán ocasión de presenciar nunca más, en el curso de su vida, por mucho que ésta se prolongue.

Y en vano buscan con la mirada á los novios. Ninguna de las tres parejas se halla en el templo.

¿Cómo han de hallarse en él si precisamente en aquellos momentos se encuentran reunidos en la cripta y en torno de una tumba bajo cuya losa duerme tranquilamente el marqués Trogoff su último sueño?

Allí estaban en efecto casi todos los personajes conocidos del lector. La vizcondesa de Aubinesco, algo más

vieja, y curada radicalmente de su pasión por las aventuras extraordinarias; Yvona de Eparville, emocionadísima y ruborizada, vestida de blanco y dando el brazo al tímido Jaffary; Amy con el doctor Ali-Akmet, y Edmée con Jorge de Mercœur. Y detrás de ellos era fácil reconocer á Kenec el manco, al ex-marino Mala-tierra y al excelente Jaime quien daba el brazo á su Noric, es decir, á su legítima esposa, pues que con ella había casado algunos meses antes.

— Mi querida Amy, — decía gravemente Ali-Akmet llevando á sus labios la linda mano de la joven, — antes de darte el dulce nombre de esposa he querido que me acompañaras á este sitio con objeto de dar las gracias, desde lo más profundo de nuestros corazones, al hombre excelente á quien llamabas padre y á cuya amistad debo yo la realización de las esperanzas de toda mi vida.

— También yo, también yo, *god by*, — dijo Jorge de Mercœur, — debo dar gracias á mi tío. Porque si no es por él, mi felicidad estaba irremisiblemente perdida. ¡Cualquier día me atrevo yo á pedirte la mano, — añadió dirigiéndose á Edmée, — pareciéndome como me parecía que estabas cien codos por encima de mí!

El tímido Jaffary no se atrevió á decir nada, limitándose á mirar amorosamente á su prometida. Pero era tan elocuente esta mirada que en ella podía leerse la afirmación de que hacía suyas las palabras de Jorge.

Durante un buen rato permanecieron las dos huérfanas arrodilladas cerca de la tumba, y luego de orar por el eterno descanso del que fuera para ellas padre cariñosísimo y previsor, se levantaron enjugando una postrera lágrima.

— Vaya, vaya, niñas, — decía la vizcondesa mucho más emocionada de lo que ella hubiera deseado; — déjense ustedes de lágrimas. Hoy no es día de llorar, sino de legítimo regocijo.

— Las que vertemos mi hermana y yo, contestó Amy, son lágrimas de felicidad, señora. No quiera impedir que corran. Al contrario, justo es que reguemos con ellas la tumba de buen papá que tanto se afanó en vida por conservarnos el tesoro de nuestros antepasados, con la piadosa idea de que rescatáramos, á fuerza de caridad, los

delitos que ese hombre cometiera para amontonar esa riqueza inverosímil.

— Hija mía, mucho es el bien que pueden ustedes hacer, y que harán sin duda en torno suyo, sin necesidad de gastar mucho dinero. Grande es sin duda la pérdida sufrida; pero vaya, que no se quedan ustedes á pedir limosna. Para algo son ustedes herederas del marqués cuya fortuna es considerable.

La pérdida á que hacía alusión la vizcondesa era la del tesoro de la Misericordia. El mismo día de los falsos funerales del marqués, y á la hora misma en que la losa del monumento funerario caía sobre el enterrado vivo, un incendio devastador se declaró de pronto en el hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia en ocasión en que no se encontraba nadie en el soberbio edificio. Activadas por viento impetuoso, tomaron las llamas incremento tan considerable que los hombres hubieron de limitarse á proteger los edificios más cercanos quedando reducido á pavesas, en menos de dos horas, la que fuera hasta entonces suntuosa morada del rico marqués Trogoff de Kerbiroët.

Es de suponer que los hermanos de Enrique Bozzo no eran por completo ajenos á esa catástrofe. Nadie más que ellos en efecto podía conocer la existencia del mueble turco, su situación dentro del palacio, y lo que en él se contenía. Y es el caso que no obstante las minuciosas investigaciones practicadas no hubo medio de dar con el mueble en cuestión; ni se encontró tampoco nada de su contenido.

El robo no podía estar más manifiesto. Por un instante se pensó en dar parte á las autoridades: pero reflexionando que la intervención de la justicia podría tener como consecuencia el descubrimiento de sucesos y detalles que convenía mantener secretos, quedó decidido entre Ali y las huérfanas que se atribuiría el incendio á la fatalidad, y que no se formularía reclamación alguna por las pérdidas experimentadas á causa del siniestro.

— ¿Y tú, mi hermosa Edmée, deploras acaso la pérdida del tesoro de Fra-Diávolo? — preguntó ansiosamente Jorge de Mercœur.

— ¿Yo? ¡Qué disparate! — replicó la turbulenta mu-

chacha. Y señalando con el índice su hermosa frente, añadió con malicia.

— Pero en cambio me preocupa otra cosa.

— ¿Cuál?

— La idea de que una vez casado pretendas proclamarte independiente, substrayéndote á todos mis caprichos.

— ¡Never! (jamás) declaró calurosamente el clubman. ¿Cómo he de olvidar yo, mi querido campeón del Marne, que tu mayor locura ha hecho la felicidad de mi vida?

FIN

ÍNDICE

TERCERA PARTE

La noche de la Mi-Carême.

I. La caza á los dominós	1
II. Los tres disfraces	18
III. Flavia la mulata	34
IV. La casa llena	54
V. Dos agujeros de barrena	65
VI. Flavia sobre la pista	81
VII. Ataque del mueble turco	94
VIII. En el que el collar sangra	107
IX. Regreso de viaje y regreso de fiesta	121
X. La navaja roja	134

CUARTA PARTE

El tribunal de Linch.

I. La misión de Jaime	145
II. La confesión	157
III. Por el honor del nombre	169
IV. La auxiliar de quien no se quería	186
V. Edmée campeón del Marne	204